GALDÓS, CIGES APARICIO Y EL DOCTOR MADRAZO. PRENSA, TEATRO Y CARTAS (1907-1912)

Manuel Ciges Aparicio periodista en Santander (1906-1907)

En 1907 Ciges Aparicio se hallaba inmerso en la incertidumbre que le ofrecía su futuro como escritor, ante la alternativa de entregarse al oficio periodístico –garantía de un mínimo medio de vida– y la de buscar un estilo literario propio a través de la ficción narrativa, de dudoso y lejano rendimiento económico. Aquel mismo año había completado la tetralogía memorial que cubría el periodo de su juventud (1892-1905), en la que recogía, con actitud hipercrítica, su experiencia militar en Melilla y Cuba, su dramático paso por el presidio en La Habana y su desengaño del radicalismo republicano, que lo llevó a aproximarse al movimiento de Solidaridad Catalana, presidido por Nicolás Salmerón. Rodrigo Soriano –con quien ya había colaborado tras su excarcelación (1899) en el semanario *Vida Nueva*, en cuyas páginas dio a conocer la primera versión de sus dolorosas *Memorias de La Cabaña*– le dio acceso a la prensa solidaria, primero en diario valenciano *El Radical* y después en la redacción del madrileño *España Nueva* que había salido a la calle el 10 de mayo de 1906 para reforzar las posiciones republicanas de la nueva coalición. En la redacción inicial de este diario figuraron Cristóbal de Castro como director efectivo, Luis de Tapia, Julio Camba, Manuel Bueno y Pablo Nougués, entre otros. La presencia de Ciges como redactor de mesa

está documentada por su aportación a la suscripción abierta por el periódico[1] en favor de las víctimas del atentado regio consumado por Mateo Morral. Sin embargo, pocas semanas después, ya en el verano de 1906, decepcionado por la frialdad que rodeó la aparición de su *Libro de la crueldad. Del cuartel y de la guerra*, silenciado por la presión de la Ley de Jurisdicciones, abandona Madrid con destino a Santander, donde permanece cuatro meses, sin dejar de firmar algunas colaboraciones en *España Nueva*. Su estancia en la capital cántabra era un paréntesis que le permitía repensar su función como intelectual modernista en riesgo de perder contacto con la savia popular. Se imponía salir de Madrid, hacer cura de humildad, superar el elitismo y la obsesión por el éxito personal, para mejor conocer España inspirándose en los sentimientos del gran público para sobrevivir como escritor inclinado siempre a «proclamar la verdad[2]».

En Santander se sostuvo en calidad de redactor del efímero semanario republicano *La Montaña* (1906-1907) que abandonó a fines de octubre, según carta suya dirigida a Joaquín Costa (6-11-1906) conservada en el AHP de Huesca. Un suelto del diario *El Cantábrico* (11 de septiembre) lo confirma también como «nuestro compañero en la prensa local». Sabemos que durante este tiempo frecuentó la compañía de Alfredo Calderón, convaleciente de una grave disnea en la capital montañesa, y de Ramón Sánchez Díaz, reciente autor de *Juan Corazón*. Con su amigo reinosano se desplazó en agosto a Bilbao, donde se entrevistó con el doctor Juan Madinabeitia, visita de Galdós (Saiz Viadero: 1994: 72), y donde fue testigo de las huelgas convocadas en aquella cuenca minera en demanda de la jornada de nueve horas, la supresión del destajo y el reconocimiento de las sociedades obreras. Esta experiencia acentuó su interés por el periodismo independiente y por la investigación de las modernas luchas sociales para superar la información sobre las consabidas intrigas de la vieja política. Eran tiempos de emigración masiva de la población campesina huyendo del hambre, de la sequía y de los efectos de la extinción de fueros y enfiteusis que, en octubre de 1906, habían forzado a expatriarse a más de cincuenta mil obreros

[1] *España Nueva*. 1-6-1906.
[2] M. Ciges Aparicio. «Cavallotti y el barateriismo». *España Nueva*. 28-7-1906.

agrícolas en la mitad norte peninsular, en su mayoría con destino a Panamá. Ciges dejó testimonio de alguna de aquellas tristes escenas en el puerto de Santander:

> El muelle estaba lleno de emigrantes que esperaban la hora de embarcar. Procedían todos del interior, de la ancha Castilla, contratados por ocho pesetas diarias.
>
> Yo sabía las penalidades que les aguardaban; sabía que en tal sazón sólo trabajaban en el canal chinos y españoles, porque los demás gobiernos prohibían que sus súbditos sucumbieran en aquel espoliario. Dirigiéndome a un enteco emigrante que esperaba con su hatillo en el suelo le dije:
>
> —¿No sabe que en Panamá morirá usted hinchado?
>
> Y con honda y disfrazada desesperación, repuso:
>
> —Prefiero morir hinchado allí, a que el hambre me deshinche aquí[3].

Un visitante inadvertido de San Quintín (1907)

Por azares del sino adverso que siempre ha perseguido a Manuel Ciges Aparicio y a sus cosas, también se extravió la huella de su presencia entre los visitantes de San Quintín. Aunque pertenecía a la plantilla de la redacción de *El País* durante la intensa campaña intelectual a favor de *Electra* (1901), no es probable que su trato con Galdós fuera anterior a 1906. Del texto que más abajo transcribimos, pudiera deducirse que hubo algún encuentro veraniego entre ambos durante dicho año, cuando el novelista se hallaba ocupado en la redacción del volumen dedicado a *Prim*, 4ª serie de sus *Episodios* (Saiz Viadero, 1994:80). Pero tuvieron que transcurrir otros doce meses para que quedara registro impreso de una visita suya a San Quintín, después de haber publicado en *España Nueva* su primera serie de artículos de indagación social sobre las secuelas remotas de la «huelgona» de Mieres (febrero-abril de 1906), germen de *Los vencedores*, primer volumen de *Las luchas de nuestros días* (1908).

[3] «Recuerdos de un viaje. Los buenos vividores». *El Pueblo*. 1-7-1910.

Desde Asturias Ciges, donde había estado con Pedro González Blanco, llegó a Santander en la primera semana de agosto. Sus crónicas en el diario sorianista testimonian algunos de sus movimientos sucesivos. En Astillero asiste a un gran mitin obrero mediante el que se trataba de explorar la disposición de los trabajadores para reanudar las acciones a favor de la jornada de nueve horas, la supresión del destajismo y el reconocimiento de las sociedades obreras[4]. Inmediatamente después se produjo su visita a Don Benito, publicada el 10 de agosto.

Pérez Galdós había alcanzado altas cotas de popularidad mediática en la primavera anterior al encabezar la candidatura republicana por Madrid, junto a Miguel Morayta, Fernández Calzada, Alfredo Vicenti, Luis Morote y Roberto Castrovido. Durante la campaña *España Nueva*, había sido su más destacado altavoz, tratándolo con la cordialidad que había caracterizado siempre su vieja amistad con Soriano (Alonso: 2015: 109-127 y 154-158). Nada tiene de extraño que el periódico madrileño se aprestara a dedicarle nuevos espacios en primera plana aunque a Galdós le incomodaran los visiteos que menudeaban «en el maldito mes de los baños de mar» frustrando el esparcimiento de recorrer y cuidar sus plantíos: «Ayer mismo –escribe a Teodosia Gandarias (2-7-1907)–, me vi asaltado y distraído en mis soledades, perturbado en mis faenas hortícolas, y no tuve más remedio que dejarme marear, sin que me quedara otro consuelo que las maldiciones que con el pensamiento les eché» (Galdós, 2016: 616). No sabemos si Ciges estaría incluido entre aquellos intempestivos visitantes, pero el hecho es que su semblanza descartaba cualquier explícita intención política y se centraba en los dos tópicos más frecuentemente establecidos por anteriores articulistas: la accesibilidad y sencillez en el trato de Galdós y el apartamiento en el *hortus conclusus* de quien se buscaba a sí mismo en las humildes tareas de cuidar sus hortalizas. Pero a diferencia, por ejemplo, de su futuro cuñado *Azorín* (1905) – que había sugerido subliminalmente el compromiso del novelista con la causa liberal-dinástica, al destacar sendas fotografías dedicadas de Cánovas y de Sagasta que vio en su estudio (Saiz Viadero, 1994: 103)– Ciges no se sentía obligado a reivindicar el

[4] M. Ciges Aparicio, «Un mitin. Preparando la gran huelga». *España Nueva*. 7-8-1907.

significado político coyuntural de la imagen política del novelista. Al contrario, buscaba matices intimistas y humanos, en un raro ensayo adobado con humor blanco, engastado en un diálogo figuradamente candoroso, mediante el que contrapesaba literariamente la hiperbólica imagen pública del escritor acuñada por la prensa de ideología afín durante los meses precedentes. Este es el texto olvidado de «Al caer la tarde»:

> Santander se divierte. A unas fiestas se suceden otras, y apenas queda tiempo para que el espíritu repose de las múltiples y variadísimas emociones que cuotidianamente recibe. Cuando llega la presente estación, Santander se renueva y adquiere nueva fisonomía. El largo invierno ceniciento y lluvioso obliga a prolongadas clausuras en los hogares; las calles están desiertas y el monótono chocleo de las almadreñas, que en las aceras baten los escasos viandantes, hacía más triste y tediosa la existencia.
>
> Con el verano todo cambia. A la prolongada reclusión sigue la vida a pleno aire, como a las abstinencias de la Cuaresma el contento de la Pascua. Llenos y veloces corren los tranvías camino del incomparable Sardinero; el ferial se atesta con un doble y correspondiente oleaje de paseantes que marea y turba la vista en su continuo ir y venir, y el Boulevard, con sus claros focos, desafía a la luz del día y es escenario de la dicha de vivir en verano.
>
> Hay momentos en que me siento fatigado y entonces anhelo la soledad del campo o gusto de compartir la conversación sedante de un hombre ingenuo que ha conservado la sencillez aldeana entre el tumulto y los artificios de las ciudades. Su charla es de tan extremada llaneza, que a veces obliga a sonreír; sus palabras jamás esconden segunda intención. Sabe de los hombres y de la vida, pero de su roce con el mundo no conserva visibles huellas que hayan alterado sus gustos ni rebajado su carácter.
>
> Este excelente señor se llama D. Benito. Es ancho de espaldas, moreno de rostro enérgico, oreado por los aires marinos. Vive en el camino del Sardinero, frente a la bahía anchurosa, que contempla con mirada serena, sin que el

espectáculo de las aguas, revueltas o tranquilas, le arranque fuertes exclamaciones de emoción.

Suelo visitarle al atardecer y le encuentro siempre muy ocupado en el cultivo de su huerto. Este año me ha sorprendido no verle acompañado de su asiduo y lealísimo compañero:

–¿Y el perro D. Benito?

–Se murió este invierno –me contestó sin pena.

He querido condolerme pero no me ha dado tiempo.

–Era muy viejo y tenía que morirse… Cuando se es viejo, la muerte tarda poco en llegar…

Esta reflexión, que ya debieron formular nuestros antepasados de cien generaciones, quizás restituyó a D. Benito en su calma ingénita, haciéndole poco dolorosa la pérdida de su leal compañero. Luego me invita a que le siga, mientras riega su huerto:

–Sabrá que, cuando no riego, apenas puedo dormir.

–¡Caramba!

–Sí, señor; y el día que riego duermo de un tirón hasta las cinco… ¡Oh, el regar es una gran cosa!

–Sin duda, cuando tan bien duerme

–Sí, es muy bueno regar… Mire qué bonita está la tierra mojada por el agua…

–¡Muy bonita, D. Benito!

–¡Ah, el agua es una gran cosa para las plantas!

–¿De veras?...

–No lo dude; es una gran cosa…El aire y el sol también son muy buenos.

–Algo de eso he oído.

–Si no fuese por el agua, el aire y el sol, no crecerían… ¡Mire cómo crecen estas plantas!

–¿Son lechugas, D. Benito?

–No; acelgas… ¡Muy frescas y muy buenas!

–Se comen, ¿verdad?

–¡Ya lo creo!... Las acelgas son muy ricas.

Cuando D. Benito termina el riego, se acerca a la tapia para ver los tranvías que se detienen al lado. De abajo

le envían saludos y sonrisas: a veces es una Hada joven, lujosamente ataviada, quien le saluda y sonríe. Luego se sienta en un banco de madera, corta la punta de un puro, e intenta encender una mala mecha golpeando con un mal eslabón en un pésimo pedernal.

–Esa mecha está húmeda, D. Benito.

–No; porque la llevo siempre en el bolsillo.

–Pues será vieja… Por mucho que se obstine no encenderá.

Este D. Benito es bastante tozudo. Más de cinco minutos hace que está golpeando en el pedernal… La mecha pierde la ceniza, se deshilacha, y al fin tiene que recurrir a las cerillas; pero no las acerca al cigarro, sino a las finas hebras, que vuelven a apagarse.

Y sigue encendiendo cerillas hasta ver realizada su voluntad. Luego se pasea por la terraza, y mira a la bahía. Muy cerca se balancea un barco.

–¿Ve ese patache?… Pues así eran las naves de Colón.

–Creí que eran mayores.

–La *Santa María* no era de más tonelaje… ¡Mire que largarse mar adentro en esos barcuchos durante meses enteros!...

–¡Sí, señor; una barbaridad!

–¡Eran mucho hombres aquellos!... Nosotros somos muy flojos; pertenecemos a un pueblo que ya es viejo„

¿Estaremos condenados, como el perro de D. Benito, a morir de viejos? Él no sigue el curso iniciado de su reflexión. Este buen señor nunca parece calar hondo; gusta deslizarse sobre la superficie de las cosas.

Otro tranvía se acerca. D. Benito se asoma a la tapia, y no advierte que la gente ríe y cuchichea. Ríe de su traza poco airosa. Lleva un sombrerete de tela, recogidas las alas de un lado y colgando de otro, a manera de visera. El sombrerete se le ha torcido, y la visera le cae por la oreja izquierda. Otra cosa repara la gente, y que me hace mirar donde ella mira. D. Benito se ha alzado distraídamente las gafas ahumadas, y los cristales relucen en la mitad de su

> frente atezada, como dos enormes ojos superpuestos. Cuando el tranvía parte, el distraído señor reanuda sus paseos por la terraza.
>
> –¿Y nunca sale usted? –le pregunto.
>
> –Cuando voy a la estación a tomar el tren.
>
> –¿Y no visita el Sardinero, estando a dos pasos?
>
> –¿Para qué? No siento esa necesidad.
>
> –¿Tampoco va a Santander?
>
> –Tampoco.
>
> Diríase que este D. Benito tiene un alma muerta; muerta al menos para los espectáculos que a los demás cautivan.
>
> Cuando el sol se pone y las sombras parecen fluir de las aguas, velando con sus vaporosos tules lo montes próximos, dejo a D. Benito en la umbrosa soledad del huerto, y camino largo espacio pensativo y no muy seguro de que este hombre tan sencillo, tan agnóstico, y tan trivial a veces, sea el gran Pérez Galdós que el mundo admira».

Pedro Minio y el Doctor Madrazo

Después de publicar un reportaje sobre la Estación de Biología Marina[5] donde recogía las explicaciones de su director José Rioja Martín –antiguo ayudante del fundador Augusto González de Linares– el movimiento más destacable de Ciges durante el estío de 1907 en la capital santanderina responde a su interés por otro contertulio galdosiano, de quien se ocupó por primera vez en *España Nueva* el 29-8-1907: el polifacético doctor Enrique Diego Madrazo, cuya formación científica positivista –discípulo de Claude Bernard– y cuyo papel en el regeneracionismo cántabro son bien conocidos (Calabuig: 1992). En el artículo, titulado «Los pasiegos. De la confianza en sí mismo», el periodista reseñaba una excursión al Valle del Pas, guiado por el prestigioso cirujano que iba desgranando con criterio socio-etnográfico los rasgos más relevantes del carácter individualista de sus coterráneos y de la alteración de sus formas de vida por la acción del ferrocarril que había abierto las rutas de la

[5] *España Nueva*. 23-8-1907.

emigración. Madrazo habló a Ciges de su interés por el teatro de tendencia científica y de otros proyectos inmediatos, entre ellos el de instalar en el local del sanatorio quirúrgico –fundado por él en Vega de Pas (1894)– un asilo de ancianos dotado de las mayores comodidades donde los residente pudieran moverse con libertad. Año y medio después, dicha excursión cobraba nueva actualidad en la pluma del periodista, a propósito del estreno de la comedia de Galdós *Pedro Minio* (Teatro Lara, Madrid 15-12-1908), cuyo asunto –según Ciges– remedaba las ideas asistenciales del filantrópico médico cántabro, aunque su autor no aludiera a ellas. Don Benito situaba la acción en Madrid y trataba de confrontar con desenfado el frío modelo tradicional de la caridad católica con el más cálido y humano de una institución filantrópica que estimulaba la vida activa de los ancianos sin condicionar su libertad de pensamiento. Galdós renovaba argumentalmente –esta vez en clave de comedia asainetada– su voluntad simbolista de contribuir dramatúrgicamente a la racionalización de la sociedad dando amena forma al antagonismo entre la intransigencia y la tolerancia, asidua cuestión batallona en su producción teatral (Rodríguez Padrón: 1970-71: 630; Rubio Jiménez, 1988: 666). En esta ocasión armó una comedia de pobres y ricos sobre el doble equívoco motivado por la contagiosa fantasía de Pedro Minio, confiado en que un pariente adinerado –presunto donante de una considerable aportación monetaria al «Asilo de la Indulgencia»– le encargara de administrar los fondos que harían posible los ilusorios deseos de los hospicianos, expresados en el acto primero. Esta posibilidad parece esfumarse en el segundo, cuando la abulia enfermiza del ricachón Abelardo cede ante la decisión de su dominadora cónyuge Hortensia, que prefiere entregar su donación a una rígida fundación religiosa, en la que ofrece a Pedro un compasivo cobijo que este rechaza: «Yo quiero alegría, comunicación con mis iguales, hablar, reír, comentar lo sucedido. Referir lo verdadero y lo falso, convidar a un amigo, bromear con otro, jugar a juegos inocentes, perder y ganar, quiero la ilusión de la vida…» (Galdós, 1909: 63). La inesperada peripecia final cambia el criterio de Abelardo que abandona a su despótica familia y resuelve quedarse él también en el «Asilo de la Indulgencia», aquel microcosmos dotado por la munificencia de sus fundadores con excepcionales reglas de convivencia democrática.

Esta vez el teatro de Galdós funcionaba en términos de fábrica de sueños materializados, con un final desmesuradamente eufórico y feliz. De hecho, en esta materia el autor había pasado, en un decenio, del simbolismo corrosivo del «asilo infinito» en que iba a convertirse España dando lugar al «más grande Hospicio de Europa», augurado en *Misericordia* (XXXIII) –inmerso en el pesimismo finisecular, aunque no contagiado por él–, al optimismo del modélico «Asilo de la Indulgencia» idealizado en *Pedro Minio*. Mediaba un gran trecho en lo referente a alegría de vivir y esperanza renovada, que acaso pudiera relacionarse con la satisfacción alcanzada en su idilio con Teodosia Gandarias, como apunta Kochiwa (2009: 242-244), pero también con la determinación ideológica que lo impulsaba a fines de 1908, a aproximarse a un nuevo concepto cívico de lo popular.

Un cierto seguimiento secuencial de la concepción de *Pedro Minio* es posible gracias a las cartas veraniegas de don Benito a Teodosia, como ya observó Phoebe Porter (1991: 65). La primera referencia es del 6 de agosto de 1907: «Me dan ganas de planear una comedia corta para los de Lara (Teatro Lara) pero probablemente no haré nada, porque mañana saldrá el sol, y volveré a entretenerme en el teatro de la Naturaleza, cuyos autores y actrices son los acreditados y siempre aplaudidos calabacines, guisantes melones y las graciosas judías, zanahorias y lechugas.» (Galdós, 2016: 617). Una semana después aseguraba haber encontrado el plan de la comedia, pero aplazaba su desarrollo para el siguiente invierno.

La larga convalecencia de un fuerte ataque de gripe, iniciado a principios del nuevo año, contribuyó a diluir el proyecto, que no reaparece en su correspondencia con Teodosia hasta el 31 de julio de 1908, buscando un motivo grato de escritura y de paso satisfacer la insistente solicitud de Pepe Rubio, primer actor de la compañía de Lara: «No he podido resistir la tentación, y algunos ratos consagro a finiquitear y pulimentar la obra que el verano pasado escribí *grosso modo* para los Lara. ¿Sabes que a mi parecer me va resultando bonita? Ya la verás y me la copiarás, si es que logro concluirla.» (Galdós, 2016: 671). A partir de entonces y hasta el fin de su estancia en Santander va dando regularmente noticias del estado de su trabajo, de sus dudas y de su grado de satisfacción. El 8 de agosto ya había terminado de armar el acto 2º y definía la comedia como «una guasa trascendental, pura humorada irónica»

que temía no fuera «fácilmente comprendida por el vulgo». Durante la semana inmediata confía en el buen gusto de su amada para que le ayude a agilizar el lenguaje de la obrita que, tal como estaba, resultaba «un poco machacona; pero a eso no le doy importancia: el machaquismo se tacha y queda lo bueno. Será como el lavado de mineral: tú eres el agua que arrastrará la arcilla para que quede el metal puro.». Le importaba encontrar «el lenguaje propio y castizo de esas mujeres madrileñas habladoras y llenas de donaire» con «alguna de esas frases bárbaramente graciosas que hacen desternillar de risa a la gente en el teatro» (Galdós, 2016: 675-676). El 20 de agosto escribe: «Fuera de alguno que otro machaqueo que advertirás en ella, me parece que es obra de bastante novedad, y de interés. Este verano están aquí los hermanos Quintero, que algunas tardes vienen a acompañarme. Son muy amables y muy entendidos. Están rabiando porque les dé a conocer mi obra; pero en esto no cedo. No conviene enseñar obra a medio hacer. En Madrid, después que tú la hayas leído, la leerán ellos» (Galdós, 2016: 79). El mes de septiembre lo dedica a autografiar una primera copia del texto, introduciendo enmiendas. El día 20 por fin comunica a su Teo el título, *Pedro Minio* –«un viejo romántico, recogido en un asilo de ancianos»– título «un poco extravagante y que hará cavilar a muchos». El día 24 tiene casi dispuesto el manuscrito y resume: «Tengo que entregar al amigo *Pedro Minio*, para que lo saquen de papeles y lo estrenen pronto. Antes hemos de sacar tú y yo la copia definitiva, y esto no podrá hacerse en menos de ocho días. […] …aún me falta copiar el fin del acto II, porque mañana tengo que escribir una carta al *País* para la conmemoración de la Revolución de septiembre. Será cuestión de dos días. Lo que me falta de *Pedro Minio*, lo despacharé en tu casa en un par de horas. Veremos si te gusta la obra. Yo he hecho en ella cuanto he podido» (Galdós, 2016: 691-692).

La carta-manifiesto, conmemorativa del 40 aniversario de la Gloriosa, sustituyó a la evocación de recuerdos personales que, al parecer, le habían pedido Roberto Castrovido (*El País*) y Alfredo Vicenti (*El Liberal*) con destino a los números ilustrados que preparaban los grandes diarios republicanos para el 29 de septiembre. Don Benito, enfrascado en la puesta en limpio de su comedia, dejó el compromiso para última hora y, con la premura a que le obligaban sus últimas jornadas estivales, acabó defraudando

las expectativas de ambos diarios. El 26 de septiembre, en lugar del texto reminiscente, envió una «soflama» política al director de *El Cantábrico* con el ruego de que la compusiera a fin de disponer el día siguiente de dos copias para enviar a Madrid y cumplir con Castrovido y con Vicenti: «De este modo –arguía– podré quedar con ellos menos mal que quedaría si no les mando mis memorias» (Galdós, 2016; 392). Pero, sucedió que José Estrañi se anticipó a difundirla desde su periódico y la leyó en la manifestación santanderina del 27, de manera que los diarios madrileños se limitaron a reproducir el texto, más o menos fielmente, en sus páginas informativas del 28, como carta del escritor a los correligionarios cántabros de *El Cantábrico* y *La Voz cántabra*, periódicos impulsores del acto. Del ardiente documento, oportunamente rescatado por Víctor Fuentes (1982: 69-70), que –como vemos– se inserta en la secuencia temporal que precedió al estreno de *Pedro Minio*, baste recordar aquí sus gotas de anticlericalismo y su confianza en que una nueva intelectualidad activa hiciera milagros «nutriéndose del vigor que atesora en sus entrañas el pueblo, no desposeído, por fortuna, de su rudeza inteligente» –es decir, el mismo pueblo que acababa de idealizar en su comedia–. Finalizaba con un crescendo de prédica agitadora del voluntarismo nacional: «Empujad, sacudid, moved el cuerpo desmayado de la nación, sed duros, agrios; sólo así se recobrarán las voluntades mortecinas, solo así los pesimistas se tragarán sus fúnebres vaticinios, y la caterva de neutros cobardes, congelados en su pasividad estúpida, saldrá de golpe a calentarse en el fragor de la batalla.»

Una carta no registrada de Galdós ante el estreno de *Pedro Minio*

El 13 de diciembre *La Correspondencia de España* difundía una breve carta de Galdós[6] –no registrada en ninguno de sus epistolarios– dirigida a un redactor de dicho periódico que le había pedido detalles de su nueva obra a fin de orientar a sus lectores. El

[6]«Galdós en Lara». *La Correspondencia de España*. 13-12-1908. p. 5

redactor peticionario era el crítico de teatro Ricardo Catarineu (*Caramanchel*) cuyo original, sin fecha, testimonia usos habituales en la información de novedades escénicas por aquellos años:

> Querido don Benito: Sé que está V. ensayando en Lara. Con este motivo quisiera dedicarle un artículo. ¿Podría V., si es tan amable, darme algún detalle de su nueva obra? Lo que no sea indiscreto publicar antes del estreno.
>
> Se lo agradecería muy de veras su invariable amigo y apasionado admirador que le abraza Ricardo J. Catarineu[7].

Más que declaración autocrítica, la breve respuesta de Galdós traslucía la franqueza con que solía despachar las demandas enojosas y su prevención contra las informaciones rutinarias:

> 12 de diciembre 908.
>
> Mi querido amigo: Próximo el estreno de *Pedro Minio*, me acuerdo de su amable carta para decirle que no acierto a darle la información que desea acerca de la obra. Sólo le indicaré que he querido hacerla cómica, que la acción pasa en un *asilo de ancianos,* que casi todos los personajes de ella son viejos... Lo mejor es que vaya usted a verla en el ensayo general del lunes, que será *con todo.* Yo lo diré a usted la hora exacta de empezar para que la vea entera. Si no va usted a la hora fija, más vale que no vaya. Si ha de ver la obra a retazos, mejor será que satisfaga su curiosidad la noche del estreno.
>
> Siempre suyo invariable amigo, q. b. s. m.—*B. Pérez Galdós.*

Al ensayo general no asistió *Caramanchel* sino el redactor Manuel Delgado Barreto, paisano de Galdós, que el mismo día del estreno firmó un puntualísimo resumen de la obra respondiendo a la cuidadosa atención que el autor reclamaba a los informadores[8].

[7] Archivo CMPG. Correspondencia en red. EPG, 1004.

[8] M. Delgado Barreto. «El estreno de esta noche. *Pedro Minio*. Comedia en dos actos de Pérez Galdós». *La Correspondencia de España.* 15-12-1908, p. 5

Pedro Minio obtuvo eco muy favorable. La tónica general de las reseñas de la prensa madrileña (16 de diciembre) se centraba en los aspectos argumentales y en la intención didáctica del autor. Predominaban los tópicos elogiosos –*mano maestra*, *acabados tipos*, *fantasía prodigiosa*, *notable estructura*, *impecable corrección del estilo* como los emitidos por Arimón en *El Liberal*. Alguno – *Floridor* (Luis Gabaldón, *ABC*)– se hacía eco del desconcierto del público ante una obra sin patrón conocido, que trataba de neutralizar con argumentos ponderativos del «delicado poema de ternura» teatral elaborado por Galdós y de la conveniencia de abrirse a una cultura progresiva y reformadora. *Heraldo de Madrid* aportaba una simpática caricatura colectiva de la escena final (*fig.*1) firmada por Fresno (Amorós, 1988), junto a una extensa crítica dialogada–presumiblemente de Manuel Bueno[9]– donde, tras recordar que el nombre de *Pedro Minio* no era nuevo en otras obras anteriores de Galdós[10], aseguraba que disentir del intelectualismo del autor era una muestra de la «enfermedad nacional» que afectaba a un público que aborrecía cuanto inclinara a la reflexión.

[9] «Los estrenos. Lara». 16-12-1908. Por defecto tipográfico la reseña apareció sin sus últimas líneas y no aparece la firma del autor.

[10] Aunque sin relación con el protagonista de esta comedia, la saga de un vacuo general Pedro Minio, Marqués de Santa Bárbara, cobra cuerpo en *La de Bringas* –1884, VI-VIII– y un homónimo ciclista aparece fugazmente en *Misericordia* –1897. XXXVII– (Sainz de Robles: 1942: 1991-1992 y 2034)

José Alsina (*El País*) apuntaba su temor de que los espectadores aplaudieron más a Galdós que a *Pedro Minio* y, con mayor finura, Enrique Díez-Canedo (*El Globo*), tras censurar las irrespetuosas muestras de disgusto exteriorizadas por algunos descontentos al final del segundo acto, apostillaba:

> Nuestro público no gusta de las obras simbólicas. Quiere que se lo den todo bien clarito, para no tener que esforzarse. Ama lo que le regocija o lo que le sorprende, y si va por emociones prefiere las violentas a las hondas. Y por esto, en la comedia nueva de Galdós, que habla tanto a la inteligencia como al sentimiento, no acierta, si no alcanza la trascendencia simbólica, a conformarse con la sana y confortante ternura, no escaseada por el autor.

José Laserna (*El Imparcial*) se atrevió a emparentar el utopismo asistencial galdosiano con el falansterio fourierista y tanto *Caramanchel* (en *La Correspondencia*) como el reseñista del *Heraldo* hablaron de concepción ibseniana por su enérgico y audaz individualismo. Respecto a la existencia de un asilo similar, *Floridor* se hacía eco de los escépticos que salían del teatro comentando que tales cosas no ocurrían en la vida. Alsina admitía que «asilos como aquel no funcionan todavía, pero pueden funcionar». Lo que no hubo fue insinuación alguna acerca de que *Pedro Minio* tuviera relación con las iniciativas filantrópicas del doctor Enrique D. Madrazo en Cantabria.

Quizás movido por ello, Ciges Aparicio (1909), a quince días del estreno, retomaba su citada excursión santanderina con el doctor Madrazo –en lenguaje figurado ahora «*doctor indulgente*»– para recordar sus proyectos asistenciales en el Valle del Pas: el asilo-modelo, ya en funcionamiento y las escuelas graduadas que se inauguraron poco después. Quizás el cronista exageraba la hipótesis de relacionar la obra real del doctor con la ficción galdosiana, pero el supuesto no era inverosímil dada la familiaridad existente entre el cirujano y el novelista. En cualquier caso ni el asunto llamó la atención de otros comentaristas ni motivó, que sepamos, la menor glosa por parte de ambos interesados. Véanse los párrafos más significativos del artículo:

«El Asilo de la Indulgencia (Sobre *Pedro Minio*)»

Asilo ideal. Asilo modelo. Asilo del porvenir.

Así llaman los críticos al tentador asilo de «Pedro Minio». Sin duda creen que Galdós ha concebido para su comedia un nuevo género de establecimientos benéficos. No, señores. El Asilo de la Indulgencia existe en un verde rincón de España. Se inauguró hace pocos meses, sin fiesta, sin fausto, sin anuncios en los periódicos.

Hace poco más de un año nos dejó el tren en la estación de Ontaneda y Alceda, y un coche nos condujo a la tranquila comarca de los pasiegos. Un ingeniero de montes y yo acompañábamos al doctor Indulgente. No se trataba de una exclusión de placer. El doctor había fomentado años antes la pesca en el Pas para favorecer a sus paisanos y ahora quería repoblar los montes. El coche rodaba veloz por la carretera que bordea el río, y nadie hablaba. Los montes verdes y húmedos, la suavidad de la luz y la calma profunda del valle, invitaban a pensar mejor que a hablar. […]

El coche se detiene a la vera de un hotel rodeado de árboles y de flores. Enfrente se alza, otro gran edificio de numerosos ventanales. Es un antiguo Sanatorio que el doctor Indulgente tuvo que abandonar para construir en otra parte uno mayor.

—¡Qué lástima de edificios abandonados!— le digo.

—Pero no perdidos—me contesta.— Ese Sanatorio quiero transformarlo en Asilo de ancianos; pero de ancianos que hayan justificado su tránsito por el mundo trabajando y siendo útiles.

—¿Y este hotel?

—Será escuela de niños... Un asilo y una escuela que nada tengan de cárcel, con baños y con calefacción... La sociedad tiene el deber primordial de proteger a la vejez y a la infancia, que viven desarmadas en la lucha por la vida. Esos ancianos que en las mañanas del invierno se encuentran muertos de hambre y de frío en las cabañas, podrán expirar suavemente cuando les llegue el término fatal, bien comidos

> y a veinte grados de temperatura. Y los niños bajarán de los montes todas las mañanas para recibir en la escuela sana alimentación y una enseñanza que, fortificando las mejores virtudes de su dura raza, los prepare para los combates que han de librar en el mundo.
>
> ***
>
> Y he aquí que en pocos meses el antiguo Sanatorio se trasforma en Asilo, que puede servir de escenario a una, comedia moderna. No sé si Pedro Minio vive en el Asilo de la Indulgencia; pero sí sé que los asilados viven como en la obra de Galdós: recorren con libertad los campos, escalan los montes, jardinean o se tienden al sol. Su casa es la mejor de aquellos contornos; comen mejor que sus convecinos y descansan en mullidos lechos a una temperatura uniforme.
>
> ¿Y la escuela?
>
> La escuela modelo, la ideal escuela del porvenir aún no está fundada. El doctor Indulgente ha comprendido que su antiguo hotel no basta, y ha de erigir edificios nuevos al lado del Asilo para que niños y ancianos vivan en continuo trato y aprendan a amarse. Pero levantar pabellones nuevos, establecer cocinas, calefacción y baños, no es difícil. Lo difícil es crear maestros nuevos, los ideales maestros que puedan serlo luego de otros...
>
> Y maestros del porvenir es lo que el doctor Indulgente está creando ahora.[11]

Estas iniciativas de Madrazo tuvieron algún eco en la prensa madrileña gracias a unos artículos de Santiago Arenal (1909; 1910), publicados en *El Mundo*, *El Liberal* y en el semanario *Vida Socialista*, de cuya existencia me ha dado noticia el historiador José Javier Gómez Arroyo. En ellos se habla del Asilo, ya funcionando, en donde los pobres pasiegos podían vivir en el antiguo edificio del Sanatorio «sin las trabas ordenancistas de la caridad oficial», y de la construcción de las escuelas en un «admirable edificio de corte griego, modelo de liceo moderno, con duchas y gimnasios, piscina y

[11] Manuel Ciges Aparicio «El Asilo de la Indulgencia (Sobre Pedro Minio). *El Imparcial*. 4-1-1909.

dormitorios hermosos y calefacción adecuada». En la educación para el amor equilibrado y el respeto por la naturaleza se sustentaba la utopía fisiológica y eugenésica de Madrazo, asunto crucial de su teatro (Arenal: 1910: 9).

José Javier Gómez Arroyo (nacido en Vega de Pas, 1963) todavía alcanzó a obtener testimonios orales de primera mano sobre aquellos establecimientos, que me transmite muy generosamente:

> Recuerdo a Antonia Carral, nacida en 1900 y quien estudió en las escuelas de Madrazo allá por 1910 cuando se inauguraron, que me contaba con 100 años ya cumplidos y a la espera de dos primaveras más que le guardaba la vida, que en el sanatorio referido había ancianos de la Vega que no tenían recursos o familiares que los acogieran y que Madrazo les daba cama, comida, asistencia médica y mucho cariño con sus amenas conversaciones, siempre adecuadas a cada momento y persona, e incluso les entretenía en el cuidado de frutales o huertas para que pudiesen sentirse útiles, algo que formaba parte de su ideal pedagógico para los mayores. Existen pocas referencias escritas sobre este cometido, pero sí orales, pues Madrazo no presumía de nada y menos de sus labores altruistas.

Madrazo (1913: I, 48-50 y 95-102) –que declaraba haber escenificado satisfactoriamente a modo experimental algunas de sus obras en el modesto teatrito de aficionados del Orfeón de Alicante, durante sus estancias invernales en dicha ciudad a principios del siglo–, ante el desinterés de compañías profesionales por aquel tipo de dramas, tuvo la idea de presentarse en 1910 al concurso convocado por el Ayuntamiento de Madrid para la adjudicación empresarial del Teatro Español. Concurrían también el Ministerio de Instrucción Pública, que pretendía convertir tan venerable recinto en Teatro Nacional, y Tirso Escudero experimentado empresario del Teatro de la Comedia, a quien defendió elocuentemente Joaquín Dicenta, concejal de la Conjunción republicano-socialista. Tras movido debate en la Comisión Municipal de espectáculos se desechó la pretensión del Ministerio por ser el Estado deudor del Ayuntamiento en muchos millones. Y,

contra la opinión de algunos concejales que consideraban la adjudicación al inexperto Madrazo falta de sentido común, acabó siendo el preferido por 20 votos contra 16. Por el pliego ofertado se comprometía a renunciar a la subvención municipal de cinco mil pesetas desde la segunda temporada; al estreno anual de tres obras de autores noveles; a «contratar una compañía buena con siete u ocho actores y actrices de los más preclaros» e instalar una escuela experimental de declamación cuyos alumnos más laboriosos y relevantes pasarían a la compañía titular[12]. De «*caballo blanco,/ del coliseo Español*» lo llegó a motejar Pérez Zúñiga en sus versos festivos[13].

Hombre de rigurosas convicciones científicas que recurría a la escena para difundirlas Madrazo (1913: I, 16-19) aseguraba no haber tratado de aprovechar su condición de empresario para imponerlas en la programación del Teatro Español durante las tres temporadas (1910-1913) que lo tuvo a su cargo, sino que dejó al arte vivir «al aire libre, bajo los ojos del sol, abierto a todos los vientos y a todas las ideas». Pero de hecho, su gestión encontró una atmósfera mediática enrarecida desde el principio por la dificultad para formar las listas de actores[14] y por la hostilidad de algunos críticos. Pese a contar con la ayuda de Enrique Borrás y de Francisco Fuentes, de asociarse temporalmente con la actriz Matilde Moreno –la *Electra* de 1901– y de haber confiado la dirección artística sucesivamente a escritores de prestigio, como Miguel Ramos Carrión y Pérez Galdós, la conocida controversia de este con Valle-Inclán por el asunto de *El embrujado* y la división de opiniones de los concejales madrileños acabó con la rescisión del contrato antes de tiempo, en el verano de 1913. Referencias dispersas de sus relaciones con Galdós sobre este asunto pueden verse en las cartas que dirigió al novelista y en la correspondencia de este último con Teodosia Gandarias en 1912 y 1913[15].

12 Resumo informaciones de *El Liberal*, 20 al 22-10-1910.
13 Juan Pérez Zúñiga. «Cosquillas». *Heraldo de Madrid*. 24-1-1911.
14 «De Teatros. La Compañía del Español». *El Liberal*. 12-11-1910.
15 En red http://ica-atom.grancanaria.com/index.php/de-diego-madrazo-azcona-enrique-1850-1942-perez-galdos-benito-1843-1920-destinatario-16; y Galdós:2016:801-876.

Dos años más tarde, ya en su exilio parisién, perseguido por la justicia militar en aplicación de la Ley de Jurisdicciones, Ciges, sabedor de que Madrazo había arrendado el Español y estrenado *El fin justifica los medios* (16-2-1911) –drama compuesto hacia 1905– envió un artículo al diario valenciano *El Pueblo* donde se hacía eco de la incomprensión que pesaba sobre el teatro que intentaba poner en escena el regeneracionista cántabro, desconocido para el gran público pese a su reconocimiento científico en Europa, e insistía sobre la relación de su obra filantrópica con *Pedro Minio*:

> La gente mal informada de todo lo que no trasciende a política o que verse sobre conspicuos politicastros, se preguntará quién es ese doctor Madrazo que *no le suena*. Pues es uno de los pocos españoles que, como Costa y Cajal –silencioso y desdeñador del reclamo como ellos– podría resistir la más severa revisión de los valores personales que hoy circulan. ¿Qué digo resistir? Habría que despojar a otros muchos de la fama con malas artes adquirida, para adicionarle a él toda la que los celos de unos y el silencio de la prensa le han restado.
>
> Si yo pudiese algún día, coleccionaría datos para escribir la biografía de este médico, de tan fuerte e intensa vida, de tan complicada mentalidad, de tan poderoso idealismo, de tantas injusticias sufridas con firmeza estoica; pero también de tantos triunfos logrados por la perfecta armonía entre su inteligencia y su carácter. […]
>
> Igual injusticia que en su profesión ha sufrido en las letras este hombre eximio. Los eruditos a la violeta citan a Ganivet, a Macías Picavea, a Costa, cuando hablan de los problemas nacionales, y nada saben de las obras magníficas del doctor Madrazo sobre la defensa nacional, sobre el cultivo de la especie humana, y tantas otras vitales cuestiones. Sus libros, tan dignos de ser meditados, sólo se encuentran en alguna pobre librería del Norte, olvidados y empolvados. Y ahora, a los sesenta años de edad, empieza el público a enterarse de que el eximio Madrazo es un dramaturgo. […]
>
> Sí; todos conocían de referencias las obras del doctor Madrazo; a casi todos se las había ofrecido, y ninguno

llegó a leerlas. Yo, que lo adoro y admiro, sentía pesar viéndole ir y venir de teatro en teatro, como un principiante anónimo, y recusado siempre, sin que un empresario cualquiera se tomase la molestia de hojear los papeles. Quizás un simple hojeo y el encuentro de una escena intensa, hubiese avivado la dormida curiosidad, incitándole a conocer íntegra la pieza. […]

Cansado de tanto porfiar en vano, sufriendo continuos alfilerazos en su amor propio, el doctor Madrazo me había dicho algunos meses antes, con esa firmeza de carácter que ningún obstáculo lo hace flaquear:

–¡Quiéranlo o no, estrenaré! Si soy viejo, haré que la muerte retroceda. Si no tengo compañía, la organizaré. Si me falta teatro, lo levantaré de nueva planta. ¡Pero estrenaré!

Y yo no dudé de que, adoptada esa resolución, aquel carácter de hierro la realizase. Por eso arrendó el Español.

Al hacerle meses pasados la concesión me permití aconsejarle que no empezase estrenando las obras en que más amores había puesto. Nuestro público no está preparado para los platos muy fuertes. Le convenía empezar por una obra modesta… El doctor Madrazo tiene sobrada independencia de juicio para obrar siempre autónomamente, sin subordinación al criterio ajeno, y él sabrá por qué ha empezado con esa obra anticlerical; pero desde luego puedo asegurar que es una de las más modestas que ha escrito. Yo apenas puedo renovar la impresión que me produjo su lectura, mientras que conservo bien marcadas las trazas que en el espíritu me dejaron otras, las que él ama más, y que yo tengo por obras maestras.

De esa obra subalterna, si la comparo con las que constituyen su verdadero ciclo dramático, he leído en algunos periódicos que le ha valido grandes aplausos y llamadas a escena. Supongo que de este entusiasmo habrá algo que rebajar, y yo rebajaría gustoso bastante; porque si no ¿qué guardaría el público para las demás? [16]

[16] M. Ciges Aparicio. «Inteligencia y carácter». *El Pueblo*. 24-2-1911.

La crónica terminaba insistiendo en las motivaciones del dramaturgo Madrazo y en la vinculación de *Pedro Minio* con su modelo de asilo:

> ¿Sabe el lector lo que se propone Madrazo estrenando sus obras?
>
> –La satisfacción inherente a todo autor –me responderá.
>
> –Desde luego, desde luego…
>
> –Y ejercer la gran propaganda de sus ideas.
>
> –También.
>
> –¿Qué más podrá desear?...
>
> –Desea ganar dinero.
>
> –¡Eh!...
>
> –Mucho, muchísimo dinero.
>
> –¿Es avaro ese doctor?
>
> –El más desprendido del mundo. Su Sanatorio de la Vega de Pas lo transformó luego en Asilo de ancianos, y el que algunos creen el ideal Asilo pintado por Galdós en «Pedro Minio», donde los viejecitos comen bien, tienen calefacción y gozan de plenísima libertad, no es otro que el real Asilo fundado por Madrazo. Al lado de ese laico establecimiento, ha erigido después amplios pabellones, dotándolos de comodidades y material moderno, con calefacción también, con baños, con jardines, con amplios comedores para que los niños pobres reciban instrucción, coman y se bañen gratis… Apenas empezada esta escuela-modelo, su fundador se había gastado ya más de 30.000 duros.
>
> –¿Y para qué quiere, entonces el dinero?
>
> –Pues para eso; para fundar escuelas, para construir ejemplares asilos, para realizar sus vastos ideales. ¿Sabe nadie con lo que ensueña ese varón magnífico todo genio y carácter. [17]

[17] M. Ciges Aparicio. «Inteligencia y carácter». *El Pueblo*. 24-2-1911.

Durante el tiempo en que Madrazo fue empresario del Teatro Español –según mis datos– sólo llegó a estrenar cuatro de las once piezas que componen su obra editada. A *El fin justifica los medios,* de asunto antijesuítico, siguieron los dramas *Nelis* sobre los efectos del alcoholismo (25-11-1911); *Pequeñeces* –drama en un acto, relativo a higiene sexual e igualdad de género (9-4-1912) y *Herencia y educación* apólogo escénico de carácter didáctico donde dos veinteañeras representan una antítesis previsible entre la cándida –Angelita– y la maligna –Diavolina– (21-4-1912). Entre los críticos descolló la persistente beligerancia de Manuel Bueno en *Heraldo*, a la que Madrazo, sintiéndose atropellado, dio amplia respuesta no exenta de autocrítica en el primer tomo de sus *Obras* (1913: I: 84-94), donde también lamentaba «la indisciplina y malquerencia de los actores» que contribuyeron a empobrecer el sentido de sus dramas en las tablas (1913: III, 7). Explicándole el decepcionante estreno de *Nelis*, escribía a Galdós[18]: «Ud. quería saber lo que resultó defectuoso en la única representación que tuvo lugar. Los ensayos fueron tan insuficientes que ningún actor sabía lo suyo, y el conjunto tan insuficiente que todo parecía muerto.» El *delirium tremens*, satirizaba Manolo Tovar en su chiste de primera plana en *Heraldo de Madrid* (26-11-1911).

[18] Carta sin fecha, desde Vega de Pas, contestada por Galdós el 3-9-1912. (Archivo EPG 2502).

Así que cuando Galdós, tras hacerse cargo de la dirección del Teatro, le insinuó la posibilidad de subir de nuevo a las tablas, Madrazo se mostró más escéptico y ambiguo que halagado, propicio a la confianza en la labor del nuevo director más que a la problemática satisfacción de comprobar el efecto de su dramaturgia sobre el público:

> …veo que persevera en sacarme de nuevo a la vergüenza pública. De toda suerte, como nada me falta que perder, dejo a su cariñosa amistad el albur de esta nueva aventura.
>
> Su alentadora dirección busca otros horizontes y halagadoras esperanzas que remuevan la pública insensibilidad. Pero, por más que agradezco su coraje y acometimiento, y un alto uso de la vara que sacuda al indiferente y cansino borriquito, este, gemebundo y agotado se entrega al eterno sosiego.
>
> Sea de ello lo que quiera, sepa el amigo Don Benito que, más que como Empresario –que en verdad no es poco– mi corazón le acompaña en esa terrible batalla contra tan formidables enemigos[19].

Galdós, que ya entendía el teatro como un «arte de triquiñuelas y malicia», de escamoteos, «sorpresas bien preparadas y acciones rápidas» (2016: 817), sabía bien que el de Madrazo incurría en un rígido maniqueísmo argumental, falto de chispa escénica y peripecia, que ponía en entredicho sus mejores intenciones de moralización científica. Conocía como amigo sus experimentos dramáticos recién compuestos, tenía noticia de sus dudas e ilusiones, lo había alentado desde una amistad teñida de naturalidad y de lealtades ideológicas. Por ello, consecuente con el aprecio de su empeño regenerador, le prestó su apoyo no sólo aceptando la dirección artística del Español, en la temporada 1912-1913, con los consabidos quebraderos de cabeza que ello le produjo[20], sino

[19] Carta sin fecha, desde Vega de Pas, ¿septiembre de 1912? (Archivo Casa-Museo en red, EPG 2509)

[20] «Si hace un año –escribía Galdós a los hermanos Quintero el 19-9-1913– acepté la Dirección del Teatro Español por complacer al Dr. D. Enrique Madrazo, hoy,

prologando comprensivamente la edición de su *Teatro sobre el cultivo de la especie humana*. Aunque Madrazo (1913: 50-51) admitía que en el teatro debía haber conflicto y contraste para sostener el interés y la emoción, su hiperrealismo científico lo llevaba a considerar que la intriga, la artificiosidad, el efectismo y la invención debían dejar paso a la copia de los sucesos naturales «sin otro adobo que la gran belleza de su magnífica realidad». Don Benito valoraba su motivación pero no dejaba de advertirle que, en su teatro, los sentimientos estaban «muy a flor de cara» en perjuicio de la intensidad emotiva y que para comunicar la sutileza de las ideas, convenía desarrollar procedimientos parabólicos «dejando en penumbra los fundamentos racionales» de sus tesis (Madrazo, 1913: I, I-VII).

Las cartas conservadas de Ciges Aparicio a Pérez Galdós. París 1911-1912

Siendo militante socialista, Ciges huyó a Francia en septiembre de 1910 a consecuencia de una campaña periodística contra la penetración española en Marruecos que motivó su persecución por la justicia militar en aplicación de la Ley de Jurisdicciones. Meses después comenzó a trabajar en la Sociedad Editorial Louis Michaud, que operaba en el mercado americano hispanohablante, preparando ediciones anotadas de clásicos y ofreciendo un enciclopédico catálogo de colecciones divulgativas, humanísticas y literarias, complementado con la comercialización de moderno material escolar.

El escritor valenciano, que llegó a dirigir la Sección hispano-americana de la editorial, reanudó desde allí episódicamente su relación con Galdós para solicitarle primero una fotografía y después fragmentos de su obra escénica e incluso alguna novela completa para incluir en las colecciones de la casa. Hay indicios de

rescindido el contrato de Madrazo con el Ayuntamiento por nada de este mundo seguiré ejerciendo el cargo de cómitre de aquella desvencijada galera. No hay suplicio comparable al mío en la temporada última del teatro Español. Prefiero estar en presidio con un grillete al pie a bregar de nuevo con los concejales de la Comisión de espectáculos, con los cómicos de ambos sexos y con la caterva de autores noveles que aspiran a tomar por asalto el Templo de Talía». (Galdós: 2016: 884).

que Don Benito le contestó al menos un par de veces pero ignoramos el contenido de sus respuestas. El archivo de la editorial se perdió en los años de la Gran Guerra.

Siete son los documentos epistolares conservados en la Casa Museo de Las Palmas, inventariados, pero no transcritos, por tempranos editores de su correspondencia (Nuez, 1967: 367). Las cinco primeras cartas corresponden al periodo en que Galdós estaba más preocupado por el mal estado de su vista. En la penúltima –la más jovial de la serie– el remitente se congratula de la aparente mejoría que siguió a su operación. La última ya llegó cuando Galdós estaba embebido en su compromiso con el Teatro Español.

Se trata de escuetas misivas en tono afectuoso que, en concreto, no pasaron de vagos sondeos editoriales. Si las reproducimos aquí, como colofón a estas divagaciones, es por dejar constancia, en atención a que hasta la fecha no figuran digitalizadas en la sección de *Correspondencia* galdosiana conservada en el Archivo de la Casa-Museo.

> 1[21].
> París, 21 octubre 1911
> Querido Don Benito. ¿Quiere V. enviarme un retrato suyo para ilustrar un libro sobre *El Teatro Español*, que había encargado a Miquis[22], y que este ha hecho lo peor posible?
> Están corrigiéndose ya las pruebas, y excuso decirle si urgirá la fotografía.
> Salud y… libertad, si la censura lo permite.
> Suyo M. Ciges Aparicio.

[21] Carta fechada en París, 21-10-1911 dirigida a la dirección de Galdós en Madrid. 1 carilla. Manuscrita. Membrete Louis Michaud, éditeur. Casa Editorial Hispano-americana Louis Michaud, éditeur. 168, Bvd. St. Germain. (Alonso: 1985: II, 535).
[22] *Alejandro Miquis* era el seudónimo galdosiano con que el periodista Anselmo González firmaba sus críticas de teatro en *Diario Universal* y en *Nuevo Mundo* en los primeros lustros del siglo XX.

2[23].

Sr. Don Benito Pérez Galdós.

Santander.

Querido Don Benito: Por si aún está en Madrid, adonde le escribo, le repito aquí la petición. Urge que me envíe V. una fotografía[24] para ilustrar el libro que Miquis ha hecho sobre el Teatro en España. Se están corrigiendo ya las pruebas.

Suyo, M. Ciges Aparicio

París, 21 de octubre de 1911.

[23] Carta fechada en París, 21-10-1911 dirigida a Galdós en Santander el mismo día que al anterior 1 carilla. Manuscrita. Membrete Louis Michaud, éditeur. Publicada en facsímil por (Esteban: 1974: 36); Alonso: 1985: II, 535.

[24] Galdós envió para este libro uno de los retratos sedentes que le había hecho el fotógrafo cubano, establecido en Barcelona, Pablo Audouard Deglaire, hacia 1904. (*fig.* 3)

3[25].

París, 29 febrero 1912.

Querido Don Benito: En paquete aparte recibirá un ejemplar del *Teatro Español*[26].

Oportunamente –pronto– le escribiré para que me envíe una escena, que no sea larga, de alguna de sus obras. El Sr. Miquis, con esa falta de probidad que hay bajo su empaque de hombre serio, hizo una mamarrachada, el peor tomo de esta colección. Dio una serie de cortes con escaso discernimiento en una antología, y así ha salido del paso. Yo he tenido que poner títulos y suprimir cosas superfluas. Lo que no he podido aquí es completar sus omisiones. Así, pues, para la traducción francesa tendrá V. que molestarse en sacar una escena de alguna obra.

Vivamente deseo mejore su salud.

Recuerdos a Nougués[27] y mande como guste a su adicto, M. Ciges Aparicio.

P.S. – Desde luego puede enviar la escena cuando guste; pero no tarde mucho.

¿Qué le parece á V. de traducirle alguna novela? Esto no pertenece a mi jurisdicción; pero quizás se pudiera hacer algo. Si le parece a V. bien envíeme dos o tres de las que le parezcan más adecuadas para ser traducidas.

Suyo C.A.

[25] 3 carillas. Manuscrita. Membrete Louis Michaud, éditeur. (Alonso: 1985: II, 535-536; 677-679.

[26] Anselmo González (*Alejandro Miquis*), *El Teatro Español*. París, Sociedad de Ediciones Louis Michaud, s.a. (1912) Col. Enciclopedia literaria ilustrada. 224 p. El retrato de Galdós se insertó en la pág. 61.

[27] Pablo Nougués, secretario de Galdós desde 1909, había sido compañero de Ciges en la primera redacción de *España Nueva* (1906).

4[28].

París, 4 de abril de 1912.

Querido Don Benito: Haga el favor de enviarme lo antes posible la obra dramática que guste, para entresacar la escena. También espero *Casandra* o alguna otra novela que no esté traducida, que crea V. oportuno releer por mí.

Adiós. Que mejore de esos ojos y cuanto guste de su devoto M. Ciges Aparicio.

5[29].

París, 3 mayo 1912

Sr. Don Benito Pérez Galdós. Madrid.

Querido Don Benito: Con los apremios de un trabajo siempre febril, no estoy seguro de si le escribí pidiéndole *Casandra* y una obra teatral para entresacar una escena.

Si no lo hice, sírvale ésta de urgente demanda.

Que se ponga del todo bien, y mande a su adicto, M. Ciges Aparicio.

6[30].

París, 24 julio 1912.

Sr. Don Benito Pérez Galdós. Santander.

Querido Don Benito: Con mucho cuidado he seguido el proceso de su enfermedad, sobre todo, desde que leí que iban a operarle. Días pasados supe por *El País* que veía usted. ¡Que vea ahora la República, y yo que lo vea a usted primer presidente de ella!

---

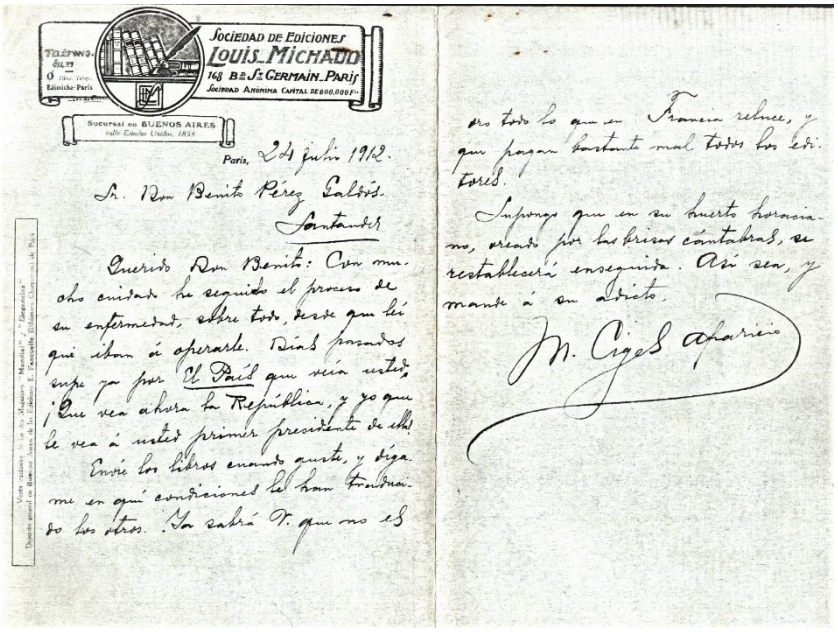
[28] 1 carilla. Manuscrita. Membrete Louis Michaud, éditeur. (Alonso: 1985: II, 536). Anotación, presumiblemente de Nougués: «Contestado en 20 de julio de 1912».

[29]. 1 carilla. Manuscrita. Membrete Louis Michaud, éditeur. (Alonso: 1985: II, 536). Misma anotación que en la anterior: «Contestado en 20 de julio de 1912». Se ve que Galdós despachó correspondencia pendiente desde las semanas previas a su operación de la vista. Un día antes de salir para su estancia veraniega en Santander contestó a las dos anteriores misivas de Ciges.

[30] 2 carillas. Manuscrita. Membrete Louis Michaud, éditeur. (Alonso: 1985: II, 536-537). Debió de responder a vuelta de correo a la carta del 20, sabiendo ya que Galdós estaba en Santander. (*fig.*4)

Envíe los libros cuando guste, y dígame en qué condiciones le han traducido los otros. Ya sabrá V. que no es oro todo lo que en Francia reluce, y que pagan bastante mal todos los editores[31].

Supongo que en su huerto horaciano, oreado por las brisas cántabras, se restablecerá enseguida. Así sea, y mande a su adicto, M. Ciges Aparicio.



[31] Los únicos datos que poseo es que Michaud pagaba entre 200 a 250 francos libres de gastos por una edición literaria (Carta de Ciges a *Zeda* (Francisco Fernández Villegas, 23-1-1912. BNE. Ms.168/22605. Es presumible que la oferta a Galdós fuera superior, aunque en realidad este nunca llegó a contratar ninguna publicación con Michaud.

7[32].

París, 14 octubre 1912

Querido Don Benito: No sé si habrá usted olvidado lo del libro.

Como ya ha empezado la nueva estación, y en París se traza con tiempo el plan de los trabajos, se lo advierto a Ud.

Si le parece bien, envíeme en seguida el libro, que vayan traduciéndolo, y dígame al mismo tiempo las condiciones.

Cuanto guste de su adicto M. Ciges Aparicio.

CECILIO ALONSO

[32] 1 carilla. Manuscrita. Membrete Louis Michaud, éditeur. (Alonso: 1985: II, 537).

Bibliografía

ALONSO ALONSO, Cecilio N. (1985) *Vida y Obra de M. Ciges Aparicio*. Madrid. UC. 1985.

ALONSO, Cecilio. (2015) *Travesías de la modernidad. Prensa y Letras en España 1890-1914*. Sevilla. Renacimiento.

AMORÓS, Andrés, ed. (1989) *Caricaturas teatrales de Fresno (1907-1949)*. Madrid. Círculo de Bellas Artes.

ARENAL, Santiago. (1909) «Fundación de escuelas. Hombres admirables». *El Liberal*. 9-12-1909. p. 3.

——————— . (1910). «De la labor del Doctor Madrazo». *Vida Socialista*. 6-11-1910, pp. 8-9.

AZORÍN. (1905) «En San Quintín. Con el maestro Galdós». *ABC*. 16-8-1905.

CALABUIG LÓPEZ, Mª Eugenia. (1992) *El regeneracionismo en Santander: Doctor Madrazo*. Santander. Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Cantabria.

CIGES APARICIO, Manuel. (1907) «Al caer la tarde. Don Benito». *España Nueva*. 10-8-1907.

——————— (1909) «El Asilo de la Indulgencia (Sobre Pedro Minio). *El Imparcial*. 4-1-1909.

——————— (1911) «Desde París. Inteligencia y carácter». *El Pueblo* (Valencia). p. 1.

ESTEBAN. José. (1976) «Ciges Aparicio en su centenario. Un realismo militante». *Triunfo*. 588. Madrid, 5-1-1974. p. 36.

FUENTES, Víctor. (1982) *Galdós demócrata y republicano (escritos y discursos 1907-1913)*. Santa Cruz de Tenerife. Cabildo Insular. Universidad de La Laguna

GALDÓS, Benito P. (1909) *Pedro Minio. Comedia en dos actos*. Madrid, Perlado Páez y cía.

——————— (2016) *Correspondencia*. Ed. de Alan E. Smith, Mª Ángeles Rodríguez Sánchez y Laurie Lomask. Madrid. Cátedra.

GÓMEZ ARROYO, José Javier. (2020) «Imágenes e historias. Escuela al aire libre». *Diario Montañés. Suplemento Dominical Trasmiera-Cayón-Penagos*. 3-5-2020.

KOCHIWA, Masae (2009). «Comparación de las mujeres de la primera serie de los *Episodios Nacionales* y de las obras del siglo XX

de Galdós, excepto los *Episodios Nacionales*». Yolanda Arencibia, Mª del Prado Escobar, Rosa Mª Quintana eds. *Actas del VII Congreso Internacional galdosiano (1905)*. 437-450.

MADRAZO, Enrique D. (1913) *Obras de teatro sobre el cultivo de la especie humana*. 3 t. Renacimiento.

NUEZ, Sebastián de la y José Schraibman. (1967) *Cartas del archivo de Pérez Galdós*. Madrid. Taurus

ORIA MARTÍNEZ-CONDE, Manuel. (1985) *Homenaje al Dr. Madrazo*. Santander. Tantín.

PORTER, Phoebe A. (1991) «La correspondencia de Galdós con Teodosia Gandarias». *Anales Galdosianos*, XXVI, 57-75.

RODRÍGUEZ PADRÓN, Jorge. (1970-71) «Galdós, el teatro y la sociedad de su época» *Cuadernos Hispanoamericanos*, 250-252, pp. 623-640.

RUBIO JIMÉNEZ, Jesús. (1988) «El teatro en el siglo XIX (II) 1845-1900». José María Díez Borque (dir.) *Historia del Teatro en España. II. Siglo XVIII. Siglo XIX*. Madrid, Taurus, 663-667.

SAINZ DE ROBLES, Federico-Carlos. (1942). «Ensayo de un censo de los personajes galdosianos comprendidos en *Novelas, cuentos y teatro*. (*Obras Completas* de Don Benito Pérez Galdós, VI). Madrid, Aguilar, 1777-2186.

SAIZ VIADERO, José Ramón. (1994) *Los visitantes de San Quintín*. Santander. Ediciones Tantín.